

Jose Martí y la cultura árabe

Por José Cantón Navarro

A José Martí se le conoce, en primer término, como Héroe Nacional y Apóstol de la independencia de Cuba. Además, en el mundo de las letras se le considera como uno de los más altos exponentes de la cultura nacional. Pero hay aspectos medulares de su ideario que no han sido suficientemente estudiados ni divulgados.

Uno de esos aspectos es la dimensión universal de su pensamiento, de sus sentimientos y de su acción revolucionaria.

Su entrega total a la lucha por la emancipación de Cuba y Puerto Rico traspasa los límites de su isla caribeña y de su gran patria latinoamericana: con la independencia de las dos Antillas, busca también la libertad, el progreso y la felicidad de todos los pueblos del mundo.

Lucha en esta isla, porque fue aquí donde le tocó nacer y porque es esta la parte de la humanidad que tiene más cerca; pero en varias ocasiones advirtió que sus objetivos tenían un alcance mucho mayor. Por ejemplo, una vez dijo: “Es un mundo lo que estamos equilibrando; no son sólo dos islas las que vamos a liberar” (3: 142-143).

Nuestro Apóstol fue un enamorado de la cultura universal; estudió la vida creadora de todos los pueblos, y la reflejó admirablemente en sus obras.

Resulta lógico, por consiguiente, que encontremos en sus escritos y discursos, en su conciencia y en sus sentimientos, un amor infinito a todos los hombres –sin importar colores, credos ni nacionalidades–, y una solidaridad militante con todos los que pelean contra el vasallaje, las desigualdades e injusticias en cualquier rincón del planeta.

Su denuncia contra esos males, así como su palabra de aliento a los luchadores, va desde los pueblos indios de toda la América, diezmados por la explotación, la humillación y el exterminio, hasta las tribus africanas, víctimas de los colonialistas, traficantes de esclavos e imperialistas; desde los puertorriqueños subyugados, hasta los vietnamitas, cambodianos o hindúes, que pelean bravamente contra el opresor extranjero; desde los mexicanos, con su país cercenado, hasta los irlandeses que batallan por sacudirse el yugo inglés y los polacos que rechazan la opresión zarista.

Y entre los pueblos que gozaron de su simpatía más activa, de su mayor apoyo y defensa, se encuentran los árabes.

Cuando Martí no ha cumplido aún sus 16 años, escribe su primer drama en versos, “Abdala”, en el cual simboliza a Cuba por medio de una tierra árabe, Nubia, que lucha contra el invasor. Son también árabes los personajes de ese drama, sobre todo el protagonista, en el cual se descubre al propio Martí. Además, una mujer nubia representa a la madre del Apóstol, cuyo amor inmenso no le permite comprender ni admitir el sacrificio de su hijo. Así, se reflejan en ese drama los dilemas familiares que tiene el propio Martí, sus sueños e ideales, y su decisión de lucha a muerte contra la dominación colonial. Y todo ello, reiteramos, se desarrolla simbólicamente en un escenario árabe, con personajes también árabes.

A partir de entonces, en todas las etapas de su vida, Martí hallará motivos suficientes para evocar y honrar a esa raza sufrida, laboriosa y rebelde. Entre 1875 y 1895, no hay un sólo año en que falten referencias a esa temática en sus escritos.

Si quisiéramos resumir en sólo dos líneas el alto concepto que estos pueblos le merecían a Martí, bastaría con citar un comentario que hizo sobre un cuadro (“La batalla de Tetuán”) del gran pintor catalán Mariano Fortuny. En ese comentario, el Maestro se refirió a los árabes como “aquellas ágiles y encantadoras criaturas que forman el más noble y elegante pueblo de la tierra” (28: 125).

Afirmación tan precisa no podía reducirse, en hombre de su rigor conceptual y su honestidad, a una bella frase ocasional, sino que entrañaba un conocimiento sólido de los pueblos árabes y una innegable simpatía hacía ellos.

Pienso que las raíces de esta afinidad son numerosas. De entrada, hay que tener en cuenta los principios internacionalistas que guiaban invariablemente al Apóstol; su temprana decisión de echar su suerte con los pobres y oprimidos del mundo, y su conocimiento de las luchas milenarias de los pueblos árabes contra las potencias colonialistas, lo que nos hermanaba con ellos, pues sufríamos parecidas injusticias y peleábamos contra los mismos enemigos.

Por otra parte, el prócer cubano estaba al tanto de la vida azarosa de aquellos pueblos, de su voluntad para vencer las condiciones naturales más inhóspitas, y de la tenacidad indoblegable que mostraban en la defensa de su fe, de sus principios y convicciones.

También contribuyeron a ese conocimiento y admiración la inmensa cantidad de obras históricas y literarias que leyó Martí sobre temas arábigos, y la infinidad de creaciones artísticas que observó y comentó.

Particularmente decisivas resultaron las vivencias de su estancia en Zaragoza y otros sitios de España durante cuatro años, lo que le dio oportunidad de valorar en toda su dimensión el esplendor de la cultura morisca y el aporte de ese pueblo a la cultura universal.

Cuentan amigos suyos de aquella época que durante su permanencia en suelo aragonés aprovechaba los días festivos y sus descansos ocasionales para visitar monumentos históricos y artísticos, sobre todo la Aljafería, y que entre frisos, capiteles y arcos, murallas y jardines, lo embriagaban fuertes emociones. Aquellas visitas le inspiraron versos como estos:

Amo los patios sombríos
con escaleras bordadas,
amo las naves calladas
y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
musulmana o española,
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida. (16: 75)

Lo cierto es que toda la obra martiana está marcada por esta afinidad con la cultura árabe.

Poéticamente, los motivos árabes influenciaron poderosamente en Martí. Por lo menos cinco de sus poemas están dedicados íntegramente a ese tema, y en otros 15 abundan las referencias parciales. Ya hemos mencionado a “Abdala”; pero hay otro bello poema que tituló “Árabe”, en que añora la vida

nómada del moro, su libre albedrío, sus costumbres y su caballo. Citaremos un fragmento:

Sin pompa falsa, ¡oh árabe!, saludo
tu libertad, tu tienda y tu caballo.

Como se ven desde la mar las cumbres de la tierra,
tal miro en mi memoria mis instantes felices:
sólo han sido aquellos en que, a solas,
a caballo vi el alba, salvé el riesgo, anduve el monte,
y al volver, como tú, fiero y dichoso,
solté las bridas, y apuré sediento
una escudilla de fragante leche.

Los hombres, moro mío,
valen menos que el árbol que cobija
igual a rico y pobre;
valen menos que el lomo imperial de tu caballo. (16: 243).

Mención especial merece el libro de versos dedicado a su hijo José Francisco, cuyo título, *Ismaelillo*, evoca a Ismael, hijo de Abraham y de Agar, a quién la leyenda bíblica señala como padre de la raza árabe. En los poemas llama a su hijo Ismaelillo y lo califica de árabe. Es un sentimiento muy profundo de amor a los pueblos árabes el hecho de identificar con ellos a su único hijo.

Precisamente en relación con su pequeño Ismaelillo, hay otra manifestación de su interés por las naciones Árabes y de la influencia que han ejercido en él. Refiriéndose a Egipto, dice que “es la tierra a donde hemos de hacer el primer viaje de recreo mi hijo y yo” (7= 396).

Amante de todo lo que es grande por su belleza, por su función social o por su sabor de humanidad, Martí aborda en su extensa obra las más relevantes facetas de los pueblos árabes: su ancestral cultura y proverbial sabiduría; su historia y costumbres, sus paisajes y leyendas, sus virtudes e ideales, sus héroes y hazañas, su amor a la independencia y la libertad.

Sobre todo le impresiona la fecunda huella que en la arquitectura y otras artes dejaron los sarracenos en España, particularmente en Andalucía. Habla de la voluptuosa poesía nacida de los cármes andaluces, y llama “poemas de piedra” al Generalife, al Alcázar, a Toledo y a Córdoba. Pondera la habilidad de los moros en “la difícil ciencia de las líneas”, cuando se refiere a los citados monumentos arquitectónicos.

Entre esos monumentos, le llama particularmente la atención el majestuoso palacio de la Alhambra, que es, para él, fuente de poesía. Considera como joyas de la cultura árabe la arquitectura y los encajes de piedra del soberbio palacio, y sostiene que es allí, en Granada, “donde el hombre logró lo que no ha logrado en pueblo alguno de la tierra, cincelar en las piedras sus sueños” (18- 209).

Al igual que la arquitectura y la escultura, le atraen las demás manifestaciones del arte y la laboriosidad de los pueblos árabes. Conoce y elogia los aceros de Damasco y los ónices de Arabia y Argel; los tejidos, perfumes y jazmines de Arabia; el trabajo de los talladores egipcios. Señala que el arte bizantino fue modificado por la influencia árabe, y que la literatura

de este pueblo ha ganado a los lectores europeos. Incluso muchas obras literarias de otros países lejanos como *Las mil y una noches*, fueron difundidas por el mundo en lengua árabe.

Reconoce el cuidado y la protección que dan los mahometanos a los cedros del Líbano; el salero y destreza de las bailarinas egipcias; el amor y la habilidad con que los árabes crían a sus caballos, los cuales le dan pie para una bella imagen poética: dice que siente en su alma un corcel de Arabia (19: 45).

Martí aprecia los nobles sentimientos que caracterizan al pueblo árabe, entre ellos el de la ternura. Cuenta cómo un emir, después de vencer en la batalla y al abandonar el campamento, se niega a dismantelar su tienda porque en lo alto del techo habían anidado dos palomas. Al regresar, años después, fundó en el mismo lugar del viejo Cairo la fastuosa Fustat, más tarde un arrabal del Cairo nuevo.

Está presente en toda la obra martiana una alta estima por la inmensa sabiduría de los árabes, latente en su ciencia, en sus proverbios, en sus tradiciones universales. Admira al caudillo argelino Abd-el-Káder, quien, frente a las desigualdades de la vida, escribió sobre la justicia de la muerte. A la sabiduría árabe recurre el eximio patriota cubano en ocasiones, incluso para enfrentar situaciones de la lucha revolucionaria que encabeza. Así, en abril de 1894, criticando a los pusilánimes que, incapaces de todo sacrificio, alzan obstáculos en el camino de la revolución, apunta: “Del árabe se han de tomar dos cosas a lo menos: su oración de todos los días, en que pide a Allah que le haga ir por camino recto, –y el proverbio aquel que dice que no llegará al final de su jornada el que vuelva la cabeza a los perros que le salgan al camino” (3= 117).

El dirigente máximo de nuestras luchas liberadoras del 95 se revela contra una corriente muy fuerte que afecta, en primer lugar, a las clases dominantes de Europa y de América del Norte, y que consiste en dar la condición de naciones civilizadas únicamente a las grandes potencias colonialistas, calificando como pueblos bárbaros a los del mundo atrasado, explotado, el que hoy llamamos “tercer mundo”.

Martí refuta esa corriente, y sostiene que es precisamente en los pueblos de África y de Asia donde están la cuna del hombre y sus primeras y magníficas civilizaciones. Poniendo su pensamiento propio en boca de un joven bachiller, condena a quienes sostienen que “unos ambiciosos que saben latín tienen derecho natural de robar su tierra a unos africanos que hablan árabe”. Fustiga “el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene el derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea”. Y concluye: “como si cabeza por cabeza y corazón por corazón, valiera más un estrujador de irlandeses o un cañoneador de cipayos, que uno de esos prudentes, amorosos y desinteresados árabes que sin escarmentar por la derrota o amilanarse ante el número, defienden la tierra patria, con la esperanza en Aláh, en cada mano una lanza, y una pistola entre los dientes” (8 2= 442).

Un rasgo característico de la cultura árabe se muestra en sus conocidas leyendas y ritos. Y Martí refleja muchos aspectos de ese rico mundo espiritual. Así, nos recuerda la leyenda de aquel sicomoro que creció hasta el año 1636

en las cercanías de El Cairo, bajo cuya sombra cuentan que se protegieron del sol María y el niño Jesús en su fuga por Egipto.

De acuerdo con el análisis martiano, el islamismo ha desempeñado un importante papel como factor de unidad y como fermento poderoso que impulsó la lucha de los pueblos árabes contra la explotación, la opresión y la humillación a que han sido sometidos durante siglos. De ahí la conclusión de que, como demuestra la historia de estos pueblos, la fe no está necesariamente reñida con la decisión de luchar con las armas por una causa justa.

En la obra de Martí podemos encontrar infinidad de referencias a famosas personalidades de la historia de los pueblos árabes, así como a la belleza y los encantos de la mujer árabe.

Martí elogia –como ya vimos– a Abd-el-Káder, el caudillo argelino que sostuvo una guerra prolongada contra el colonialismo francés (1832-1847), y destaca su bravura y sabiduría. Escribe también sobre Achmet Arabi Bajá, coronel egipcio, uno de los jefes de la rebelión de 1881, a quien presenta dotado de condiciones populares, lleno del espíritu nacional egipcio, musulmánico e independiente, hecho al manejo de las armas y a la vida de campamento.

Menciona igualmente a Mehemet Alí, gobernante de principios del siglo XIX, recordado por sus esfuerzos en aras de un Egipto independiente y fuerte; y a Cherif Pachá, primer ministro de Egipto, que asumió este cargo por exigencia de los rebeldes triunfantes en 1881.

Conocedor de la dominación árabe en España, Martí recuerda a Muley Abbas, y evoca el lugar donde estaba plantada su tienda durante las duras batallas con los cristianos en Valencia de Alcántara. Y cita muchas veces al rey Boabdil, aunque le critica que haya llorado por la pérdida de Granada, pues, dice Martí, las lágrimas no vienen bien al rostro de un hombre.

El encanto de la mujer árabe matiza también la obra martiana. En ella se inspira poéticamente con frecuencia. Su extenso poema “Haschisch” –que sobrepasa los 160 versos–, está dedicado fundamentalmente a ella, y muestra la atracción que ejerce sobre él.

Veamos un fragmento:

¡Amor de mujer árabe! –La ardiente
sed del mismo Don Juan se apagaría
en un árabe amor, en una frente
de que el negro cabello se desvía.
¡Como que ansia de amor eterno siente,
y a saciarnos de amor nos desafía!

.....

Una árabe que besa
es labio de mujer, donde nos cumple
la eternidad al fin una promesa. (17= 76-77).

Cuando Martí dibuja en sus apasionantes versos a la bailarina española, ve en ella mirada y ceja de mora. Y al enaltecer la vida y la obra de Washington Irving, menciona a aquella deslumbrante mora, Lindaraja –como toda hermosura, urna de vida–, cuya silueta imagina el escritor paseando entre los sutiles encajes de piedra por sus balcones de la Alhambra.

Por otra parte, el estudio de la historia de rebeldía de los pueblos árabes contra las potencias colonialistas, enriqueció extraordinariamente el pensamiento de Martí en otra esfera decisiva: la cultura política. Martí describe y comenta esas luchas con verdadera pasión revolucionaria, prueba su justeza, muestra la heroicidad de los combatientes árabes y su profunda simpatía por ellos. Y con las enseñanzas de esas luchas, nutre su ideario patriótico, anticolonialista e internacionalista.

Entre los numerosos acontecimientos que mueven su pluma, citaremos solamente tres: la rebelión egipcia de 1881 contra el gobierno sometido a los intereses de Inglaterra; la invasión de Túnez por los franceses en la misma época, y la rebelión de El Riff contra la España monárquica en 1893.

Cuando narra fielmente esos hechos, Martí nos enseña a distinguir sus causas verdaderas frente a los pretextos engañosos que esgrimían las potencias colonialistas y sus títeres nativos. Descubre las razones fundamentalmente económicas que guían a las grandes potencias de entonces para tratar de mantener a toda costa su dominio sobre esas tierras. Analiza cómo dichas potencias tratan de dividir a los pueblos oprimidos para vencerlos más fácilmente. Explica las causas de las derrotas que sufren esos pueblos, pero les impregna confianza en su victoria final y los insta a no detener jamás la lucha.

Con respecto a la rebelión egipcia, los ingleses habían tomado como pretexto la inestabilidad existente en el país del Nilo. Martí desmiente ese falso motivo y explica que el origen de la rebelión está en que Inglaterra y Francia controlaban las finanzas egipcias, imponían contratos fraudulentos, ruinosos para el fellah, y mantenían, en fin, un estado de explotación y de opresión sobre ese pueblo. Martí cita un periódico de El Cairo que dice: "Todas nuestras rentas son absorbidas por los extranjeros. Todos nuestros comerciantes, todos nuestros altos dignatarios son extranjeros. Ellos son los señores, y nosotros sus bestias de carga. Ellos viven felices, y nosotros vivimos en la miseria y degradados. A ellos se les paga bien, y a nosotros mal" (23: 158). Así, Martí describe los vaivenes principales de esa lucha, hasta que el pueblo egipcio triunfa en 1882, aunque solo transitoriamente.

También Martí rebate el falso argumento de que los franceses habían invadido a Túnez porque este gobierno había ofendido su bandera. El Apóstol señala que la invasión de Túnez se dirigió a defender los intereses colonialistas que allí tenían poderosas empresas de Francia, como la Compañía Bone-Guelma, la Sociedad Marsellesa, la hacienda Enfida, el Credit Foncier y la Sociedad de los Batignoles. También describe admirablemente esta guerra: las ambiciones y crímenes de los franceses y el heroísmo de los tunecinos.

En el caso de la rebelión del Riff, sostiene Martí que si la justicia estuviera de parte de los españoles, "nosotros, que moriremos tal vez a manos de España, seríamos españoles". Pero la justicia está de parte de los árabes; por eso proclama: "¡Seamos moros!". Y alienta a los rebeldes con palabras como estas: "¡Y el Riff, que pelee. Sea cada pueblo de sus amos naturales y de los que le sirvan con utilidad y amor" (5= 335).

Y aunque estimaba lo más probable que la España colonialista ahogara en sangre la rebelión de 1893, estaba seguro de que los patriotas del Riff volverían a luchar una y otra vez, hasta lograr su independencia. Por eso dijo: "Jamás cede una raza oprimida, jamás cede el pueblo a quien le ocupa el extranjero la tierra amada con huesos de sus hijos. El Riff ha vuelto a guerra

con España, y España vivirá en guerra con el Riff hasta que le desaloje su país sagrado” (5= 333). ¡Cuánta razón tenía Martí!

Así analizó y apoyó Martí la causa que defendían en el cercano y el medio Oriente, en Tetuán, en Melilla, en Marruecos, en Argelia, en todas sus tierras de África y del mundo, los pueblos árabes avasallados o invadidos.

Como hemos visto muy someramente, José Martí se adentró de lleno en ese mundo árabe, fantástico y maravilloso, legándonos conocimientos y juicios de excepcional valor. Su amor infinito a la independencia y a la libertad de los pueblos, su respeto a la verdad histórica, su exquisita sensibilidad artística, su vasta cultura, su palabra entusiasta –huracanada a veces–, contribuyeron a que se fuera forjando en nosotros, los cubanos, una amistad sólida, cada vez más estrecha, y una gran simpatía hacia nuestros hermanos que en el Norte de África, en la extensa Arabia, y en otras regiones del planeta, edificaron una de las más antiguas e impresionantes civilizaciones; hombres que han luchado secularmente contra la explotación y la opresión, y que todavía hoy, en pleno siglo XXI, se ven obligados a continuar derramando su sangre en defensa de su independencia y libertad, como ocurre en Irak, Palestina, Siria, El Líbano y otros países, varios de los cuales se ven sometidos al más bárbaro genocidio por parte de las fuerzas bestiales del imperialismo y el sionismo.

Esa raza heroica y sufrida cuenta con nuestra solidaridad militante, y esperamos que un día, derrotados definitivamente los verdugos de la humanidad, puedan los pueblos árabes plantar libremente sus banderas, restañar sus profundas heridas, vivir en paz y amistad fraternal con todos los demás pueblos de la tierra.

En conclusión:

La alta valoración que el pueblo cubano tiene de la cultura árabe, las fraternales relaciones que hemos desarrollado con esos pueblos hermanos y la invariable solidaridad que brindamos a sus heroicos luchadores, tienen un antecedente legítimo, poderoso e irrenunciable en la herencia cultural, política y revolucionaria que nos dejó, hace más de un siglo, el más grande de los cubanos: José Martí.